

**Devoraciones**  
Ensayos de período especial

María Elena Blanco

CONSEJO EDITORIAL

Luisa Campuzano	Waldo Pérez Cino
Adriana Churampi	Juan Carlos Quintero Herencia
Stephanie Decante	José Ramón Ruisánchez
Gabriel Giorgi	Julio Ramos
Gustavo Guerrero	Enrico Mario Santí
Francisco Morán	Nanne Timmer

© María Elena Blanco, 2016

© Almenara, 2016

[www.almenarapress.com](http://www.almenarapress.com)

[info@almenarapress.com](mailto:info@almenarapress.com)

Leiden, The Netherlands

ISBN 978-94-92260-01-7

Fotografía de cubierta: © W Pérez Cino, 2016

All rights reserved. Without limiting the rights under copyright reserved above, no part of this book may be reproduced, stored in or introduced into a retrieval system, or transmitted, in any form or by any means (electronic, mechanical, photocopying, recording or otherwise) without the written permission of both the copyright owner and the author of the book.

# DEL EXILIO COMO PERÍODO ESPECIAL

## NOTAS SOBRE UNA TRAYECTORIA

### BARROCA, ANDINA, ESTRUCTURALISTA, TROPICAL

En estas notas dispersas, escritas contra el tiempo, con la persistente sospecha de que nada es eternamente cierto ni falso ni pasajero ni definitivo, saldrán a relucir algunas de las obsesiones personales y literarias que me llevaron a escribir los ensayos reunidos en este libro y que me seguirán asaltando hasta que el mundo llegue a su total destrucción, ya que no a su máxima perfectibilidad, o más probablemente hasta el fin de mis días. No hay aquí pretensión científica ni académica, sino un estilo personal. Su propósito, como el de esos otros textos, es plasmar la andadura del pensamiento partiendo de alguna vivencia, una imagen, una palabra en que resuene la carencia, el deseo o el dolor de Cuba: una deriva que irá recogiendo a su paso restos de lecturas, conversaciones, sueños. Todo comienzo es arbitrario y azaroso y así será este, por fuerza *in medias res*, teniendo en cuenta que es también un regreso. No dudo que estará lleno de tropiezos pero «solo lo difícil es estimulante» nos dejó dicho Lezama, siendo lo difícil «la forma en devenir en que un paisaje va hacia un sentido [...] para ir después hacia su reconstrucción, [...] que es su visión histórica» (Lezama Lima 1993: 7). Por puro espíritu de contradicción, haré de lo difícil el camino inverso, a saber, la forma en devenir (el ensayo) que va desde su reconstrucción hacia una visión poética de un paisaje sin destino.

Desde mi descubrimiento de las *comidas profundas* de Antonio José Ponte que inspiraron, en la cúspide del «período especial en tiempo de paz», las devoraciones y disquisiciones conceptistas o culteranas del Apátrida y el Famélico, pasando por la ya veterana invención de la *nou-*

*velle cuisine* cubano-miamense y la relativamente más reciente invasión cubana de la gastronomía mundial liderada por el mojito y la ropa vieja en peculiarísimas (per)versiones nacionales, y previendo incluso la inminente americanización, con o sin desbloqueo, de la libreta de racionamiento, han transcurrido casi 20 años, que vienen a sumarse a otros 35 desde que en febrero de 1961 me subí a un avión de Aerolíneas Argentinas en el aeropuerto de La Habana para nunca más volver a vivir en la que era mi ciudad. Lo que se conocía como vivir allí, pues hace mucho que ese concepto pasó a ser un mero sobrevivir –supervivencia o sobresalto– debido a un empobrecimiento demográfico, deterioro material y desgaste económico y social sin precedentes en la Cuba republicana, sumados a las veleidades y modalidades de la represión política. Haciendo otro cálculo, más eufemístico y no por ello menos desolador, mi primera visita a Cuba después de la minucia de 29 años de exilio coincidió con el inicio del período especial en 1990, y estuvo seguida de visitas sucesivas durante ese decenio hasta 1998, año que en principio marcaría una leve mitigación de esa etapa de penuria extrema «gracias» a una nueva dependencia económica, esa vez de Venezuela, con la llegada de Hugo Chávez al poder. A estas alturas de mi exilio, da igual si ponemos parcialmente la mira en 29 o 35 años o en el total contante y sonante, hoy, de 55.

Si el «asunto» del período especial fue un hemingwayano «tener o no tener» (García 2007: en línea) que, a diferencia del otrora triunfalismo del autor de «Tengo» (poeta insigne de la Revolución), se caracterizó más bien por el *no tengo* de la ingente mayoría estrangulada económicamente a causa del doble estándar monetario basado en la tenencia o carencia de dólares, el asunto del exilio –y concretamente del mío, la segunda oleada del exilio histórico: «de 1959-1961, continuada hasta 1970» (García 2007: en línea)– fue de índole similar, aunque por razones distintas. Al releer ese monólogo escindido o diálogo de mudos que es «Devoraciones» saltan a la conciencia las tres dimensiones de ese carácter común: la pérdida inicial, el estado prolongado de ausencia o carencia, y el incontrovertible deseo, que se han materializado o simbolizado o sublimado en contenidos, lenguajes y modos diversos en la Isla y en su exterior. Deseo violento de Isla entera que empezaba a abrir grietas en la gruesa cortina de humo entre la Isla y el mundo.

*Flashback*. 1994. Madrid. «La Isla Entera». Coloquio, simposio o potencial encontronazo de colosos y gladiadores. Los de allá llegaron de chiripa (y no todos), después de una kafkiana carrera de obstáculos orquestada por la UNEAC y los de arriba, nerviosos ante las imprevisibles consecuencias de este *remake* del Encuentro de Estocolmo del año anterior (1993). Los de acá queriendo estar y no estar. Algunos hasta llegaron de espejuelos oscuros. Por lo de políticamente correctos, claro. Yo no me lo iba a perder, así que a Madrid, Casa de América. Además, allí debían de estar, participando o no, viejos amigos como Kozer, Rodolfo Häsler, Felipe Lázaro, Pío Serrano; tal vez llegasen las queridas poetas Reina María Rodríguez y Cleva Solís; escritores y críticos conocidos el año anterior en Cuba o en Guadalajara como Jorge Luis Arcos, Prats Sariol, Efraín Rodríguez Santana, Enrique Saínz; y nuevos amigos de exilio hechos al calor de la poesía y del arte, venidos de por ahí, como Pepe Triana (París), Manuel Díaz Martínez (Canarias), Heberto Padilla (Estados Unidos); y los «madrileños» Alberto Lauro, José Mario y Waldo Balart, además de Jesús Díaz, el creador de la revista *Encuentro de la Cultura Cubana*, que pronto nos acogería a muchos en sus páginas. Y fuera de serie, aunque dentro del programa, un ícono de la generación de *Orígenes*, Gastón Baquero, y una diosa, poeta de culto: Nivaria Tejera. Felipe Lázaro hacía las presentaciones: con Nivaria, temerosa, aturdida por la muchedumbre (y por la incertidumbre ante posibles reacciones), sólo unas palabras, un rápido apretón de manos y la esperanza de reencontrarnos. A Baquero, al día siguiente, una visita inesperada, junto a Rodolfo Häsler, guiados por Felipe. Allí estuvimos, en su legendaria habitación, donde el poeta recibía sentado en una butaca rodeada de una cordillera de libros apilados subiendo y bajando por las paredes y de mares de libros explayándose en horizontalidad, sin casi un resquicio por donde deslizar su esbelta figura desde el céntrico trono. Supongo que así podía guardar sus distancias, de ser preciso. Pero lo que es a nosotros nos animó a adentrarnos en su sanctasanctórum y nos deparó una amabilidad conmovedora: nos agradecía la visita, nos invitaba a volver. La Isla Entera terminó inevitablemente en comilona y tomatera según las distintas afinidades electivas. A la salida nos llama Jesús Díaz para contarnos de la revista que se propone crear y pide nuestra colaboración. Unos dos

años después nacería *Encuentro*, que brindó un espacio de información y creatividad a lo mejor de la intelectualidad cubana de todas las orillas. Ante la perspectiva de volver sola al hotel esa noche me despido pronto, a lo que Heberto Padilla, protestando, me espeta: «a ti lo que te sobra es el marido». Heberto y su palabra filuda. Era en broma, naturalmente. La mañana siguiente, más cañas y tapeos y el infaltable recorrido por las librerías madrileñas. El coloquio «La Isla Entera», debido al carácter limitado de la convocatoria y a la prohibición de viajar impuesta a varios invitados por los poderes fácticos de La Habana, dejó a muchos indignados. Y a algunos, como yo, convidados de piedra, ávidos de Isla entera, por unos brevísimos momentos un poco resarcidos, contentos.

Ante la pérdida del suelo y la ausencia del dulce hogar habanero, mi deseo de devoraciones ha podido aplacarse recurriendo a laboriosas disciplinas como la etimología, la geolingüística, la mitología, la *alquímica memoria* (véase Blanco 2001), la peripatética, la patafísica, la astronomía y la retórica, invariablemente salpicadas de extranjerismos y referidas a *topoi* y tópicos del paraíso perdido: casas de aire y de agua y sus moradores, fijos en ciertos instantes entrañables; o bien a una sarta de habitaciones lejanas repartidas por el globo, sedes de trabajo y trasiego a ritmo de *perpetuum mobile*. Algún lector podría tildarlo de pedante o pretencioso, pero ese exceso textual, esa constante floración (dehiscencia, dije entonces<sup>1</sup>) es el precio de poder saciar mínimamente el hambre de que habló el Apátrida, esa extraña pobreza. Quizá también, y con deliberación, sea un intento un poco terrorista de competir con el frecuente hermetismo en el uso habanero del idioma español, cuya más pura expresión se sitúa, al parecer, en los «barrios calientes» o los solares de la capital en que se fragua toda clase de intercambios clandestinos o abiertos, o entre los Exislados que «en Miami, Madrid o Roma duerme[n] con el Malecón bajo la almohada» (García 2011: en línea). Y ese hermetismo está presente asimismo, por lo que dice el poeta José Kozler (aunque en otra vena, digamos más templada o, para no caer en malentendidos, más tibia, aunque tampoco), en la última poesía neobarroca, donde «el centro desaparece, la transparencia de expresión se difumina y da paso a una cierta oscuridad cercana al

---

<sup>1</sup> Véase, en este mismo volumen, «Del lugar común».

misterio original y a la posible hecatombe histórica a la que parecemos abocados» (Kozer 2015: 305-306). Todo ello –hermetismo rumboso u oscuridad barroca– en las antípodas, claro está, de la densa opacidad de la lengua de trapo (o de madera: *langue de bois*), esa que se ha desplegado con cuidado cinismo en el (doble) discurso oficial de Déspotas y algunos supuestos Ilustrados y Letrados por igual.

*Flashback*. 2015. 14 de agosto. Escribo estas líneas en medio de otras líneas que también requieren mi tiempo, teniendo por fuerza que pasar de estas a aquellas, aunque, por un enigmático azar, todas las que me ocupan terminan guardando siempre alguna relación entre sí, con la consiguiente proliferación de rizomas a veces incontrolables. Por ejemplo, escribo en medio (literalmente) de unas líneas de Kozer sobre el estado actual de la poesía latinoamericana y de otras de Charles Bernstein sobre el estado actual de la poesía norteamericana y en medio de mi propia vivencia del estado actual de la poesía a secas (tratando de hacerla). Dice Kozer que la antigua metonimia del neobarroco ha sido reemplazada ahora por el anacoluto, que supone «un continuo deslizarse», un «abarcarse desplazando», una «descentralización» (2015: 305-306). Pienso, con todo, que Lezama con su vivencia oblicua y Sarduy con su elipse kepleriana de doble centro no están muy lejos de todas estas «novedades». Más importante aun, me pregunto si, por vía de la cadena metafórica, ello nos podría dar la clave para entender el significado recóndito de lo que está aconteciendo en estos mismos momentos en La Habana cuando se iza nuevamente la bandera estadounidense frente al Malecón después de 54 años de interdicción, inaugurando un período de relaciones no tanto peligrosas (cabe esperar) como imprevisibles.

Pero volviendo al tema de la lengua, la clara de Cervantes y esa otra turbia, gangosa, y volviendo al tema de la proliferación y la pobreza – causa y efecto de las más variadas devoraciones–, creo recordar que *nuestro* (quiero decir de Cuba, de la Cuba de todos) más connotado exégeta de la poesía del período republicano con su obra *Lo cubano en la poesía*, el Ilustrado Cintio Vitier, echaba mano, durante el período especial, de la noción lezamiana de «pobreza irradiante», para de alguna manera

escamotear la penuria ambiental, interpretándola a modo de oxímoron como una *libertad* «ondeante como el viento que la agita y sujeta [...] por los principios al asta clavada en la necesidad», es decir, una libertad inmovilizada en su mismo despuntar, cuyo objetivo sería «sufrir y resolver» estoicamente las necesidades. Esto es: callar y padecer la «fatalidad» [...] sublimándola en la creación artística y poética supeditadas a dicha meta (en Díaz Infante 2009: 183). Extraña –y elitista– interpretación, que hacía abstracción de la población hambreada, y curiosamente exenta de la solidaridad esperada del Hombre Nuevo y, para colmo, cristiano. Pues ¿dónde hallarían esa sublimación el pobre de la calle o el campo o, incluso, el artista cesante o el poeta cesado? Con una mezcla de teleología martiana, obediencia jesuítica y mística revolucionaria tardía volcada a la *causa final* de la lucha ant imperialista, Vitier echaba mano de la «razón poética» lezamiana como argumento supremo en defensa de su cruzada acomodaticia. Al instrumentar como razón de Estado aquella noción (paradisiaca), parecía esconder, al fragor de su trayectoria personal – religiosa, intelectual y política –, dos (antiguos) pánicos que en el fondo eran uno y el mismo: la angustiosa perspectiva de un exilio forzoso, con *terribles* consecuencias para la estabilidad y el patrimonio familiares y, de paso, el temido derrumbe de su autoridad literaria apuntalada en la *doxa* de *Lo cubano en la poesía* y la estela conservadora de *Orígenes*.

*Flashback.* 1961: México, Vitier escribe a Eugenio Florit, quien le gestiona en Nueva York una eventual pasantía docente en Columbia University:

He sabido por varios conductos y he llegado al absoluto convencimiento de que, si hago efectiva mi aceptación, el retorno a Cuba es imposible mientras dure el régimen actual –y no hay elementos de juicio para suponer un rápido y decoroso fin de la tragedia cubana. Esto significaría desgarrar a parte de mi familia de su país por un tiempo indefinido, que bien podría ser toda la vida, a más de arriesgar a mi madre a perder lo poco que le queda, incluyendo la biblioteca de mi padre. Sé que miles de cubanos han aceptado este destino; yo no puedo resignarme a él, aunque la otra alternativa, se lo aseguro, no es menos terrible». (en Hernández Busto 2007: en línea)



La ulterior postura de Cintio Vitier es doblemente paradójica si se recuerda que él también fue víctima del ostracismo desplegado a partir del quinquenio gris contra todo «desviacionismo», incluido, entre otros, el de practicar una religión. ¿Cómo pasó, tras ser despojado de su cargo académico y relegado a tareas menores, a avalar a un gobierno que se había vuelto totalitario y represor, al que llegó a representar oficialmente como diputado y máximo ideólogo cultural? El pasado año, al cumplirse un lustro de su fallecimiento, el poeta matancero Roberto Méndez le dedicó una semblanza (2014) –amable pero sin tapujos, justa– que he leído recientemente (y que me trae a la memoria la igualmente ecuánime «meditación fúnebre» que en 2009 le escribiera Ernesto Hernández Busto desde Barcelona) con la mezcla de tristeza y rabia que me embarga cuando pienso en lo que ha venido a ser el luminoso destino de Cuba vislumbrado en 1959 y la decepcionante evolución de quien consideré, a la distancia, un maestro.

*Flashback.* 1979, Nueva York, Riverside Church (y no Columbia University), 3 y 4 noviembre. Conferencia organizada por el pro-castrista Center for Cuban Studies reúne a estudiosos y partidarios de la Cuba revolucionaria. Con la delegación cubana integrada por miembros de la no tan obvia dupla de cultura (cine, poesía, crítica literaria) e inteligencia (agentes del ICAP, la DI, el DA, *diplomáticos* de la CMUN<sup>2</sup>) aparecen (fuera de programa, pero se corre la voz) Cintio Vitier y Fina García Marruz, ya entrando o entrados en razón (instrumental). Yo, en esa época, estoy de lleno en la solidaridad con Chile contra la dictadura militar de Augusto Pinochet (lo que automáticamente me vincula a Cuba por la izquierda), aunque en posición cada vez más crítica respecto de la Revolución cubana. Sin embargo, soy Apátrida y por fuerza potencialmente sospechosa tanto para el lado chileno como para el cubano, tal como lo fui en el París del 68 para el cónsul que entonces me negó la entrada a la Isla («por gusana») cuando quise volver a verla con ojos de joven inte-

---

<sup>2</sup> Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos; División de Inteligencia; Departamento América; Misión de Cuba ante las Naciones Unidas.

lectual idealista, así como para algún burguesito latinoamericano con ínfulas de guerrillero que solía pasearse por St.-Germain-des-Prés. No obstante, sin convocatoria o contacto, me «cuelo» en la conferencia (que es pública, sólo que medio secreta: para iniciados, se entiende); quiero acercarme a los Vitier, decirles que ante todo soy cubana, como ellos, saber de Sergio, su hijo mayor, compañero de colegio en el Instituto Edison (el legítimo, no el «pre» que luego vino a usurpar sus locales y su nombre). Lo hago con temor (al rechazo) y vergüenza (sí, vergüenza: de mi pecado original, de mi identidad mutilada, de padecer el síndrome kafkiano de bicho, verme, alimaña, *Ungeziefer*). Les entrego una carta en la que explico, etcétera. De la que luego se acordarán en Guadalajara.

Cuando en el período especial estuve en la Isla experimenté algo cercano a la auténtica «pobreza irradiante» en los lugares más alejados del poder, como la azotea de Reina María Rodríguez, donde se vivía la poesía y se bebía té negro; o en el taller renacentista de las Ediciones Vigía en Matanzas, junto al río San Juan, digno del *miglior fabbro*; o en el oscuro apartamento del arquitecto Armando Bilbao, enigmático amigo de Lezama, que recibió los mocasines americanos de mi hijo como un tesoro egipcio a ser llevado a la tumba; o en la casa etérea de Cleve Solís y su voz delgada disculpándose por pedir jabón. En todos estos casos, y en incontables otros de la Cuba profunda, lo irradiante era la luz interior, no la intensa penuria que saltaba a la vista en la mayoría de los hogares, tocados o no por el rayo de la alta poesía. Y en aquella situación de carencia, hay que decirlo, uno de los mayores objetos de deseo, de devoración, era el libro, y uno de los mayores actos de oculta disidencia, la lectura. Por un lado, esto decía bastante sobre la continuación de una tradición editorial (sujeta, eso sí, a la censura y, según los altos y bajos de la política y las alianzas estratégicas, a limitaciones económicas como la falta de papel, tinta, grapas, presillas y otros materiales *sine qua non*); asimismo, destacaba la urgencia de procurarse los textos de las corrientes teóricas y literarias de vanguardia (así como las películas y la música), en particular todo lo que estuviera prohibido o mal visto por el régimen. El Apátrida, ironizando como es su estilo, dice que los intelectuales de la Isla se leen todos los libros que no hay, mientras que los de fuera se compran todos los libros habidos y por haber y no terminan de leer ninguno.

*Flashback*. 2015. Salzburgo, Austria. Hace unos días vi en el teatro de la antigua *Felsenreitschule*, cavado en la imponente roca del Mönchsberg, cuyo túnel atravesaba diariamente Thomas Bernhard desde el barrio obrero de Lehen en su caminata hasta el Mozarteum maldiciendo esta ciudad que odiaba, una *Dreigroschenoper* de Brecht (1928), con la fabulosa música de Kurt Weill, esta última excepcionalmente sometida a un (horrible) arreglo «moderno», muy en contra, por cierto, del designio expreso del compositor. Allí estaban el *Lumpenproletariat* y su corte: los mendigos, las prostitutas, el proxeneta-usurero hipócrita y explotador, el agente de policía y el *gangster* Mackie Messer en el Berlín de la República de Weimar, justo antes de la catástrofe bursátil del 29, en una obra desenfadada y con un tono ligeramente cínico en la que Brecht mismo admitió no haber aprovechado a fondo las posibilidades del tema para plasmar con fuerza en ella los postulados marxistas. No obstante, esta *Ópera de tres centavos* fue su mayor éxito, con el que inauguró una nueva modalidad teatral de carácter alternativo, tanto por su temática como su concepción escénica y la orquestación, que ya anuncia el género melodramático de Broadway y representa, con todo, una feroz sátira de las relaciones humanas en la sociedad capitalista, no exenta de humor pero tampoco de *pathos*. Es curioso como todo depende del cristal con que se mire. Revisando un poco la recepción que ha tenido la obra en distintos contextos nacionales, hay marcadas diferencias: he aquí que, por ejemplo, los directores de esta producción para el Festival salisburgués opinan que la forma en que el autor representa el burdel es más bien «romántica» y que toda la obra, si bien logra conmover y por momentos asombra por su áspero sarcasmo, es una estructura más bien endeble que se sostiene gracias a momentos musicales e histriónicos memorables pero que en el fondo carece de unidad dramática y de un mensaje inequívoco, elementos que Brecht llegará a dominar en obras posteriores. En América Latina, la crítica bonaerense se detiene en la cuestión de la debida imbricación del tema con los medios de producción teatrales, la idoneidad de la escenografía y las estrategias interpretativas en el marco de un interesante análisis sociológico de la obra. Y en una puesta en escena en Costa Rica, partiendo de una bien documentada perspectiva postestructuralista, los críticos pusieron de relieve el original

concepto de alejamiento mediante la no identificación y la gestualidad artificial introducido por Brecht para que el espectador, en lugar de involucrarse emocionalmente, piense. En Cuba, sin embargo, el autor de la reseña correspondiente parece estar algo fuera de foco en cuanto a la factura y coyuntura de la obra: «La *novela* de los tres centavos se dirige a la denuncia del fascismo que en la década del treinta invadió a Europa como un cáncer maligno. En la *novela* hay una intención tácita y expresa de romper con el mito oficializado del ahorro como base del capital, para en su lugar ofrecer un panorama épico de la acumulación originaria del capital y la consecuente *depauperización* [sic] de las masas trabajadoras, tan negada por los capitalistas en sus proposiciones democráticas. [...] Poniendo al desnudo la esencia de racismo, que implícitamente subyace en la máxima enarbolada por los fascistas de que el hombre débil perece y el hombre fuerte combate...»<sup>3</sup>. Etcétera. Se tiene la impresión de que en vez de comentar la obra de Brecht se estuvieran reflejando ciertos aspectos de la realidad nacional.

Mi sed de libros era igual de grande. Recorría casi diariamente las no muy numerosas librerías de El Vedado y compraba casi todo lo que se ofrecía. Así fui complementando con ediciones «nacionales» mi ya envidiable biblioteca cubana armada en el exilio y codiciada tanto por Ilustrados de Cuba que luego visitaban mi casa en Viena como por los que venían de otros lugares. Adquirí, a menudo duplicando títulos y autores, todo Martí, los autores del Grupo Orígenes, que estaban a la orden del día, gracias al Coloquio del Cincuentenario en 1994: Lezama y Eliseo Diego, Vitier, García Marruz, Gaztelu, Octavio Smith, Cleva Solís, Alberto Baeza Flores, José Rodríguez Feo (en particular su correspondencia con Lezama) y hasta algo de Virgilio Piñera, cuyo teatro empezaba a salir tímidamente de la nebulosa durante ese decenio. Con el Cincuentenario de *Ciclón* en 1996, que también fue objeto de un coloquio internacional al que asistí, aparecieron algunos textos de y sobre Sarduy, el cual comenzaba a ser «recuperado». En ese año, por primera vez desde 1959, se dictó en la Universidad de La Habana una conferencia sobre la

---

<sup>3</sup> Véase *EcuRed*: <[http://www.ecured.cu/index.php/La\\_novela\\_de\\_los\\_tres\\_centavos](http://www.ecured.cu/index.php/La_novela_de_los_tres_centavos)>.

obra poética de Gastón Baquero, que estaba en un aun más lento proceso de rehabilitación. Toda esa devoradora bibliomanía cubana, que existía entonces en ambas orillas del Estrecho y del otro lado del Atlántico es, como se habrá visto, materia de largas disquisiciones en el ensayo de marras que abre este libro.

En un registro paralelo y lejos de todo misticismo, la expresión «pobreza irradiante», junto con semejante afición lectora, me recuerda nuestros primeros años de exilio en Nueva York, cuando en varios grupúsculos familiares vivíamos una apretada e íntima solidaridad, en pobreza sólo relativa pero genuinamente irradiante, en sendos apartamentos de un pequeño hotel «de residentes» del *Upper West Side* a la altura de Broadway y la 95, barrio en ese tiempo aún no alcanzado por la renovación urbanística (léase especulación inmobiliaria y paulatina marginación de sus habitantes de larga data e inmigrantes más recientes) y poblado entonces principalmente por afroamericanos y «latinos»: en su mayoría puertorriqueños, dominicanos y, de repente, nosotros. Allí recuerdo haberme leído de un tirón en una especie de trance *El idiota* y muchos otros clásicos incluidos en el *curriculum* del bachillerato que no alcancé a terminar en mi colegio habanero, tumbada en la cama de mis padres mientras veía a mi mamá, doctora en filosofía y letras, cocinar para toda esa familia ampliada después de volver de su trabajo de oficinista en una compañía de seguros. Cuando llegaba mi papá del suyo, ponía ópera en la radio Grundig de onda larga y corta, muy parecida a la que había en la casa de La Habana. Yo tenía 13 años y leía *El idiota* con *Otelo* o *Tosca* de música de fondo. Por esa época empecé a aprender francés. Mi hermana y yo dormíamos en la sala. La privacidad del cuarto propio no me era dada entonces en el menú casero pero sí la lectura, aprovechando el sueño de la pequeña, hasta altas horas de la noche.

*Flashback.* 1959. Casa fresca, losetas decimonónicas (hoy «baldosas hidráulicas», omnipresentes en las revistas de decoración): su tacto, sus volutas y floripondios siempre en la memoria. Los portales. Familia (y agua) por todos lados, otras casas con sus protocolos, sus olores particulares, sus trozos de cielo. Azoteas. En alguna parte leí: la influencia familiar

de lo tropical. Eso era. Y también, la influencia tropical en lo familiar: un cierto ritmo, un tono, una gestualidad. Sudor salado. Adoración de las playas, la arena candente, el agua de mar diamantina y tibia. El Túnel de La Habana, que me llevaba hasta allí (mito urbano: «por el Túnel se maneja rápido» decían mi papá y todos los choferes locales, contra cualquier código de la ruta del mundo real, léase continental). La bicicleta y yo: peligro público. Largas calzadas, lomas. Isla: ¿cómo era vivir en una isla? Trato de pensarlo ahora. Entonces nunca: se vivía. El espacio parecía infinito. Sin claustrofobia, por mucho que dijera el neurótico de Virgilio. Sin agorafobia: con aguaceros. Mis calles. Mi colegio amado sobre la colina. Tantas caras, muchas idas ya. Sergio, Victorino, Horacio: frustrados rivales por el primer puesto, novios potenciales (ninguno fue). Voces, campanas. El padre, artífice de la partida: cómo calibrar su impacto en la piel, en la planta de los pies, en la retina. Imposible imaginar un futuro: libro en blanco. Tampoco se pensaba aquello, era impensable. Se vivió, lo vivimos, era (habrá sido) el fin.

Por un azar concurrente, en ese trajinado año de 1994 se produjo otro encuentro, que visto retrospectivamente resulta premonitorio, entre el Apátrida y el que encarnaría al Famélico<sup>4</sup> proverbial de aquel primer ensayo, el joven y ya descollante escritor Antonio José Ponte. Fue en el Coloquio Internacional Cincuentenario de *Orígenes*, organizado como parte de la «operación rescate» por la que se intentaba «recuperar» a escritores como Lezama y Sarduy, entre otras víctimas del endurecimiento de la política cultural iniciado en 1968. Resucitando los valores tradicionales de identidad y patrimonio nacionales (frente a la necesidad de suplir el deterioro material), el entonces Presidente de la UNEAC, Abel Prieto, declaraba la intención oficial de «independizar la posición política del individuo de los valores de su obra y de sus aportes culturales» puesto que la Revolución había alcanzado la madurez necesaria para esa recuperación (Díaz Infante 2009: 169), madurez bastante cuestionable a la luz de la crisis en que repentinamente se vio sumido el país tras el colapso del campo socialista. En tales circunstancias, se estimó conveniente abrir

---

<sup>4</sup> Llámase indistintamente Famélico en el universo de estas *Devoraciones* a los Ilustrados y demás Letrados, es decir, a todos los pobladores que habitan (o habitaban) la Isla como integrantes de la clase *no acomodada*.

algunas ventanas para airear el ambiente: entre otras cosas, se anunció en 1994 la primera conferencia «La nación y la emigración», con participación de la recién bautizada «comunidad cubana en el exterior». Doy fe de que al menos el consulado cubano en Viena cumplió su cometido de darle amplia difusión porque a todos allí nos llegó la convocatoria de marras. No asistí, por supuesto, considerando que, a diferencia de los coloquios literarios que se organizaron durante el período especial, en que «los (pocos) de afuera» participaban sin compromiso ideológico alguno, esas conferencias eran la típica maniobra oficialista con fines políticos. Por otra parte, en *La Gaceta de Cuba* empezaron a aparecer tímidas reseñas de unos pocos autores del exilio, firmadas por Ambrosio Fornet. Ello indicaba un incipiente deshielo de las relaciones entre esos dos bloques eufemísticamente denominados «la nación» y «la emigración»; con todo, se mantenía una actitud reservada frente a los exiliados, que seguían siendo percibidos en el mejor de los casos como *no revolucionarios*. ¿Cómo llegué al Cincuentenario de *Orígenes*? Durante mi primer viaje a Cuba en 1990, en misión como traductora de las Naciones Unidas, solo alcancé a hacer un rápido reconocimiento de mis antiguos lares. Tomé muchas fotos, pocas notas. La palabra estaba como ahogada ante la catarata visual, el chorro afectivo: ya iría emergiendo de a poco, entrecortada, más tarde. Cuando en 1993 participé en un simposio de poesía en la Feria del Libro de Guadalajara, me topé con la delegación cubana y al conocer mi interés por *Orígenes* Vitier me propuso participar, el año siguiente, en el coloquio que se estaba preparando. Recibiría, dijo, una «invitación» por escrito. Así fue y llevé una ponencia muy documentada y exhaustiva –nada política, por cierto– sobre «La literatura francesa en *Orígenes*», que leí en la sesión inaugural. No sé quiénes estaban más atónitos de mi presencia allí, *los cubanos* o yo.

*Flashback*. 1963. Nueva York, Hunter College. Una de mis primeras lecturas de adolescente aventajada fue Montaigne. Sus ensayos me revelaban la aguda mentalidad francesa y al mismo tiempo algo mucho más cercano a mí, un merodeo, un *tempo* sincopado, una devoradora curiosidad, que contrastaban con el rigor intelectual y el lenguaje afi-

lado y preciso de su prosa. Estilo libérrimo y literario, sin la camisa de fuerza del ensayo académico, que hurgaba en la complejidad humana, en sus matices y por tanto en la diferencia que individualiza a personas y sociedades, y acogía con alegre naturalidad las situaciones más insólitas cuando éstas tuvieran la capacidad de hacer tambalear las ideas fijas de la filosofía o la costumbre. Este sentido crítico, rayano en lo inquietantemente transgresor, que desplegó por ejemplo en su célebre ensayo «De los caníbales», donde analiza la noción de barbarie y hace gala de un relativismo cultural original y precursor basado ante todo en su propia experiencia de vida y de lectura, iba dirigido a sus dos pasiones: la búsqueda de la verdad y el ejercicio de la libertad. Es un estilo exento de intención proselitista o siquiera didáctica, vehemente y virtuoso, directo pero colorido y rítmico, que procede «a saltos y brincos<sup>5</sup>» por incontables digresiones y vericuetos y que prefiere ser exigente antes que aburrido. Su defensa del hedonismo, el ocio y el *savoir vivre* redondean un modo de ser y de escribir que no podían sino cautivarme. Y que hasta aquí trato de hacer míos. Como dice la canción: a mi manera.

En aquel segundo viaje conocí por fin a los escritores *de adentro*, algunos consagrados, varios reciclados, otros emergentes, y entre estos últimos a más de uno que *dio la nota*, para inquietud mía (por ellos) y mortificación de los altos representantes de la cultura oficial, con irreverentes ponencias sobre *Orígenes* y frontales intervenciones en el debate posterior. Entre ellos estaban Ponte, Rafael Rojas, Damaris Calderón y Rolando Sánchez Mejías, junto con otros integrantes del recién creado grupo Diáspora(s). Una cosa era clara: podía haber cierta apertura, sobre todo respecto de *invitados* advenedizos al debate de fondo (como yo), pero lo que no se podía tolerar era que escritores sujetos al *dictum* inamovible del Déspota<sup>6</sup> desafiaran la versión oficial del *origenismo* y atentaran contra el canon a duras penas restablecido después del quinquenio gris y su secuela de «rectificaciones» y dilatadas «recuperaciones», entre ellas muy especialmente la de Lezama y su obra. Me vienen a la mente en

---

<sup>5</sup> «J'aime l'allure poétique, à sauts et à gambades» [«J'aime l'allure poétique, à sauts et à gambades»], dice Montaigne en «De la vanité» (2004: 994).

<sup>6</sup> El «Dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada» de «Palabras a los intelectuales» (véase Castro 1961).



particular las agudas intervenciones de Ponte y Rojas ante el *establishment* literario compuesto, por una parte, de la plana mayor, paternalista y difidente, tratando con dificultad de mantener una apariencia de apertura al diálogo y a la vez de controlar –subliminal o, si preciso fuere, verbalmente– una situación que se le podía ir de las manos frente a un público nacional cautivo y un puñado de académicos internacionales, y, por otra, de los Ilustrados y Letrados del patio, cuidadosos de no hacer nada que pudiera acarrearles –en algunos casos, por segunda vez– alguna relegación o condena. Recuerdo también que una vez terminada la sesión corrí a abrazar a Ponte, a saludar a Rafael, a Rolando y Damaris, ya absurdamente nimbados de incipiente disidencia, y salí con ellos para continuar la charla en un ambiente más relajado, *entre amigos*. Muchos años después, en Madrid, Ponte recordaría ese momento, ese abrazo. No hay que subestimar el riesgo que corrían, ni menos la audacia con que, distanciándose de la reciclada moda origenista, defendieron el derecho a la diferencia y la libertad de expresión. En el escuálido escenario habanero de 1994, el Coloquio Internacional Cincuentenario de *Orígenes* preveía una «cena lezamiana» (aplazada *sine die*), que habría acabado con cualquier fantasía gastronómica del vate de Trocadero, y se clausuró con un concierto de música clásica a orquesta plena y coro. Veo todavía a un *Kuntius* Vitier algo envejecido pero siempre alerta, parado en la nave principal de la iglesia del convento de San Francisco, remozada para la ocasión, su rostro cobrizo iluminado por el rayo inquisidor de la «razón poética», saludando selectivamente, cooptando una respuesta políticamente correcta: «¿Te gustó el concierto?».

*Flashback*. 1993. Guadalajara, México. Me acuerdo de una anécdota sublime que no puedo dejar de contar. La Feria Internacional del Libro está entonces dedicada a Colombia, con la que se inaugura la tradición de invitar a un determinado país cada año. El poeta Eliseo Diego, de Cuba, recibe en esta ocasión el Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo, luego rebautizado Premio FIL de Literatura y vuelto a bautizar Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances: toda esta mutación debida a la existencia de una *marca registrada* del nombre

del autor de *Pédro Páramo*, quien estaría sin duda maldiciendo desde Comala al miembro de su familia al que se le ocurrió tal (rentable) ridiculez. Se celebra también allí el IV Simposium Internacional de Crítica Literaria y Escritura de Mujeres de América Latina, en el que participo, y en el marco del cual se otorga por primera vez el Premio Sor Juana Inés de la Cruz, destinado a premiar la novelística escrita por mujeres. Está también el poeta argentino Juan Gelman, que vive en México, acaba de publicar en Buenos Aires *Salarios del impío*, además de una antología personal, y participa en la Feria ese año en un conversatorio con lectura de algunos poemas. A Juan lo conozco de las Naciones Unidas, traductor como yo, colega entrañable. La gente corre a la sala donde va a leer Gelman. Todo es bastante informal, un poco frenético, pero emocionante. El poeta argentino saluda, charla, contesta, por fin lee. Está leyendo un poema en el que de pronto resuenan las palabras «Che Guevara». En ese preciso instante algo se desplaza. Se siente como una corriente de aire, un volumen rozando alguna superficie. Como propulsado centrífugamente por un resorte, Cintio Vitier se ha puesto de pie y aplaude, aplaude, solo, por sobre la voz de Gelman, hasta que los menos tímidos del público se van incorporando lentamente y luego todos se suman al intempestivo homenaje. Todos –menos uno– de pie metiendo ruido y Gelman momentáneamente mudo, con el poema entre los labios. Lo recordamos, no sin hilaridad, cuando fue a Viena en 2008 a inaugurar la biblioteca del Instituto Cervantes que lleva su nombre y a la que pienso legar una parte de mis seis mil y tantos libros.

Sí, me gustó sobre todo *estar* en el concierto. Hoy me doy cuenta de que ese período especial en tiempo de paz, clavado súbitamente en el blanco de medio siglo revolucionario, fue para mí el *período especial de mi exilio*, coincidentemente insertado en el punto de inflexión de mi vida adulta, y mi deriva ensayística de esos años fue mi forma de sublimar, también yo, la carencia y el deseo de Cuba llegados insensiblemente a un cierto hito en el tiempo y la distancia. Con el relativo deshielo instaurado en esa década del noventa y el entusiasmo de, por vez primera desde 1961, *tener* el suelo cubano bajo mis pies, la cercanía de mis pares, revivir –entre esperanzada y escéptica– la vieja ilusión de un intercambio solidario y quizá exento de rencor o sospecha, mis viajes a Cuba durante

ese período y las relaciones que allí establecí me permitieron vincularme, a nivel personal, con los que tal vez habría compartido una vida literaria y, a un nivel más elemental, con el suelo y el aire que los no sometidos a un exilio interminable respiraban, aunque con dificultad, a diario... Ese sentimiento era por fuerza no patrio, surgía más bien de aquella filiación *matria*, vegetal, (h)orti-cultista, con que el Apátrida había caracterizado el «lugar común». Si la utopía revolucionaria llevada a la praxis había derivado en una des(cons)trucción material y social del cuerpo de la nación, mi utopía de Cuba, la del lugar común, era por el contrario una vasta cantera afectiva que permitía edificar monumentales maquetas en un fuera de(l) lugar: el espacio de unidad o reunificación que yo buscaba –y lograba efímeramente– reproducir en los predios de la diáspora, como ese «viaje por la vitrina vienesa de Vigía», o el que emergía con periódica insistencia del inconsciente y se plasmaría un día en el momento y entorno más insólitos, en Kenya, como «sueño cubano en África», y su revés, el «sueño africano en Cuba». He encontrado por azar, en el lugar (textual) menos pensado, un pasaje que describe esa acerada materialidad de la palabra en el horizonte onírico. En una curiosa primera obra de Victoria Ocampo, *De Francesca a Beatrice* (1924), leo lo siguiente:

Todo el mundo conoce la importancia que adquieren en los sueños ciertas frases. Experimentátese, entonces, sólo al enunciarlas, la sensación desbordante, triunfadora, de mezclarse a un infinito en el que todo misterio se evapora, de flotar en una atmósfera de soluciones deslumbrantes. De estas frases parecen brotar la fuerza, el conocimiento, la luz... Y he aquí que cuando despertamos, súbitamente, y las repetimos, su prodigiosa sonoridad se ha desvanecido, el bronce trocose en plomo, la idea se encogió de tal suerte que ya no nos es posible entrar en ella». (Ocampo 1924: 13-14)

Es aquel lugar común el que se me perfila cada vez más como el paradójico lugar de la aporía: *to have and have not*, teniendo sin tener, no tener teniendo.

*Flashback*. 416 a. C. No podía faltar la digresión etimológica (y mitológica): aporía, del griego, *a* (sin) *póros* (paso, pasaje), situación sin salida,

infranqueable; estado incierto, dubitativo, indecidible. Ese término, sin embargo, remite también a Platón y al mito de Poros (facilitación, disponibilidad, abundancia) y Penia (dificultad, carencia, pobreza), que Sócrates relata a los invitados al banquete de Agatón tal como lo escuchó de labios de la sacerdotisa Diótima de Mantinea. En la fiesta de Afrodita, Poros, impedido de hacer gala de su talante facilitador por haberse quedado dormido, y Penia, tomando ejecutivamente la iniciativa en contraste con su proverbial cortedad, engendran a Eros, que encarna la naturaleza de ambos: la imbricación de exceso y carencia en un quiasma de opuestos irreductibles e inseparables, tal como el deseado lugar común que se caracteriza por la proliferación semántica y el borramiento de la identidad unívoca, por ser centro ubicuo, móvil, de un caleidoscopio de posicionamientos diferentes y mutuamente necesarios para una diversidad no institucionalizada sino abierta a la libre combinatoria de significados y significantes, del *signo*. Lo dice también, a su manera, un ciudadano del mundo procedente de un lugar límite y múltiple, de esa aporía que es Trieste, Claudio Magris: «La cultura es la capacidad crítica de juzgar y juzgarse, de no creerse el centro del mundo...» (Ordaz 2014: en línea).

El Apátrida se ensarta en toda clase de teorías y las aplica de un campo del conocimiento a otro (y a veces acierta, aunque no siempre). Ahora deduce que la reacción «orgánica», oficialista, en determinados momentos de crisis del sistema, como la que desembocó en el quinquenio gris, o de colapso material –económico, social, infraestructural– coincide con lo que los estudiosos han visto como un tipo de *crítica aporética* que, a la luz del análisis de Paul de Man (1991: xii y ss.) sobre la crisis de la crítica (referido, en su caso, a la filosofía, por un lado, y a la retórica y la crítica literaria, por otro), a la vez que expresa el objeto desencadenante de la crisis no registra su origen en el trance que la motiva, sino que permanece ciega respecto de sus presupuestos, de su punto de tropiezo, de su propia opacidad. Y constata asimismo con pesar, aunque no sin convicción, que ese tipo de crítica no se diferencia mucho del que, en la otra punta del discurso político, han practicado por décadas los representantes de las posiciones más contumaces de la oposición cubana en el exilio. Ambos extremos de esa ciega retórica de crisis son los que están en la mira en el ensayo «De déspotas e ilustrados»,

en este mismo volumen. En cuanto a la evolución que han tenido desde entonces los personajes de ese texto, se trata de simples operaciones de suma, resta, multiplicación y división. Los Déspotas en Cuba ahora son dos: Hermanos Siameses, unidos y duales, atados por el tronco y sueltos de cabeza, mirando y hablando cada uno para el extremo opuesto a fin de cubrir todos los flancos y responder por ninguno, numerito que si bien dominan a la perfección podría bien roerles la coherencia sistémica y acortarles la ya gastada vida útil. El *Übermensch* machaca las consignas de antaño como si su tiempo no se hubiera derrumbado con la «Centro Habana» que él condenó a un desmoronamiento lento, y el *Realpolitiker* negocia la supervivencia del régimen y de su clan en el poder, al menos hasta que la muerte o el fin del embargo los separe, y de paso trata y no trata de mejorar un poco, si eso fuere posible, la imagen con que pasarían a la historia.

Por su parte, los Letrados —la inmensa mayoría de la población gracias a la exitosa campaña de alfabetización llevada a cabo en aquellos idealistas primeros años revolucionarios— han tenido varias opciones: se han encumbrado en la cúpula o en la cuadra, han «bajado el moño» manteniendo un cauto anonimato, o han descendido a las cárceles o al fondo del mar, según se trate, respectivamente, de disidentes o balseros. Los más pragmáticos (y aún vivos) entre los de abajo han cambiado de oficio y son ahora choferes particulares, operadores de bicitaxis, guías turísticos, improvisados *restaurateurs* o emergentes magnates inmobiliarios, entre otras ocupaciones más lucrativas que las aprendidas en su carrera profesional. En definitiva, el supremo derrumbe, junto con el de la ciudad, es el del tiempo. Eliseo les dejó «el tiempo, todo el tiempo» (1993: 80) pero Ponte y tantos otros Famélicos ilustrados y letrados ya no están en ese húmedo tiempo insular sino en el tiempo globalizado y brutal del Apátrida. *Huis clos* da paso a *Godot*: lo pronosticaron Virgilio Piñera y su circunstancia, Gertrudis Gómez de Avellaneda (al partir) y Reinaldo Arenas sepultado por el desplome de una «barbacoa» en un edificio agujereado que habría sido blanco y disfrute de Gordon Matta-Clark si hubiera vivido para verlo.

¿Y quiénes son, o eran, los Ilustrados? Por un lado, los intelectuales que ya no están, por obra de la Parca (resta, división): desde Sartre

(y compañía) –el clásico intelectual europeo pronto desencantado y censurado– al clásico intelectual orgánico cubano Cintio Vitier, antes censurado y luego «convertido»; y los que siguen estando en posición de mando o de mandados (los más), arropados por los oficiantes, los críticos «de crisis», los críticos cautos. Por otro lado, los intelectuales disidentes: escritores, artistas, pensadores, cineastas, periodistas, abogados, científicos devenidos blogueros, activistas políticos o culturales... Y más allá, toda la intelectualidad del exilio y la diáspora, cada vez más nutrida de nuevas «deserciones» de la Isla. Los Ilustrados, tanto oficialistas como opositores, afuera como adentro, representan una gama cada vez más amplia de posiciones, desde las más tibias hasta las más duras, las cuales también han tenido una inesperada evolución. En el caso de los desafectos al régimen, esa evolución ha sido particularmente curiosa, pues la disidencia en la Cuba socialista tiende a ser mayoritariamente de derecha, mientras que en el exilio y la diáspora ha surgido una oposición de «izquierda anticapitalista» con una «visión de sociedad inclusiva» y opuesta al embargo. Curioso y esperanzador quiasma, pues cualquier evolución inédita puede ser catalizadora para una salida del *impasse* aporético.

*Flashback. 1966 bis.* París. Una palabra (que no entiendo) me encandila. Estructuralismo. Me asusta: intuyo abismos, cataclismos. A la vez me arrastra y me dejo llevar. Se me abre un universo que abarca todas las esferas del saber: como estar de repente en el centro de una fábrica inagotable de ideas donde uno no sabe por dónde empezar a pensar, a trabajar; en la cresta de la ola del pensamiento de vanguardia viéndolo nacer, debatirse contra otras teorías, madurar, plasmarse en sucesivas entregas sobre el papel. Y recibirlo de viva voz en la sala de conferencias sintiéndolo renacer en mí como un almácigo que lentamente echa raíces. Así fue con Barthes: un *coup de foudre*. Leerlo era *el placer del texto*; verlo, con su nariz sinuosa, escuchar su voz de auténtico terciopelo en el seminario sobre *S/Z* de Balzac, en 1967, fue la seducción misma. Simpatía inmediata también por Lucien Goldmann, el profesor campechano e informal, el estructuralista marxista, o al revés, el sociólogo de

la literatura cuya crítica, según el propio Barthes, es la más fecunda que pueda hacerse a partir de la historia social y política. Sus polémicas con este último en torno a Racine fueron legendarias pero amistosas, pues ambos eran dueños de un saber y de un estilo inconfundibles, lejos del academicismo rígido de los señores catedráticos de la Sorbona. En el Collège de France daban la hora Lévi-Strauss en antropología y Foucault en su mezcla peculiar de filosofía política y teoría del conocimiento. Y en otro templo de la alta cultura, la Escuela Normal Superior de la rue d'Ulm, se cocía la teoría marxista pura y dura: allí reinaba Althusser con su séquito de discípulos liderados por Marta Harnecker, quien tomaba apuntes a mano sobre un colchón de una decena de hojas de papel cebolla alternadas con papel carbón que luego repartía a su «grupo de estudio». Yo no asistía al seminario de Althusser pero una vez llegué a una de las reuniones de ese grupo acompañando a un amigo. Era una especie de taller donde Harnecker pontificaba y el que no estaba bien despierto estaba perdido. La futura exégeta del maestro, sin embargo, tenía su lado frívolo. En una pausa, ella y otras discípulas se fijaron en mi maquillaje de ojos y querían saber cómo y con qué... Tenía otro lado un poco intimidante pero era una trabajólica simpática. Lo mío era la literatura y la teoría aplicada a la literatura (y, sí, a la moda y al amor: por eso me gustaba Barthes, que fue un eterno enamorado y un esteta). Una vez llegó de Berlín Herbert Marcuse, siempre sonriente, y pasó a saludar al seminario de Goldmann. El autor de *Eros y civilización* era el mentor de nuestra generación en materia de política contestataria, amor libre y *défoulement* general: sus teorías nos foguearon para derribar no sólo las barricadas de mayo del 68 sino también, entre otras cosas, la milenaria política de segregación sexual imperante en las residencias estudiantiles. Estos eran tres de los más interesantes teóricos de entonces y fue un privilegio asistir a sus seminarios. Goldmann falleció de un fulminante cáncer de páncreas en 1970. Marcuse sucumbió a un ataque al corazón en 1979. Barthes murió atropellado por un camión en 1980 mientras cruzaba la rue des Écoles. En ese mismo año, Althusser, que había urdido un imponente edificio teórico a partir de Marx, estranguló a su esposa. Tras ser declarado inimputable a causa de los trastornos mentales que lo aquejaron en la infancia y durante su reclusión en un campamento

de guerra nazi, pasó varios años en el hospital psiquiátrico de París y murió en 1990.

El Apátrida observa que todos los Ilustrados, dondequiera que se encuentren, siguen enfrentados al eterno problema del papel del intelectual en la sociedad y su relación con el Estado, cuestión candente desde el comienzo mismo de la revolución cubana y planteada sin ambages precisamente por Sartre durante su visita a Cuba en 1961. En su centro está el dilema entre ideología y ética, que hoy día atormenta aún a los intelectuales y políticos del mundo. En este ámbito surge la cuestión de los fines y los medios, y es ahí donde se echa mano frecuentemente de los criterios acomodaticios que dan lugar a un doble estándar en la acción. El fundamentalismo fidelista y el pragmatismo raulista (y de los «encargados de contenidos» que los aplican) tienen su contraparte a nivel internacional –a estas alturas, más incombustible que el conservadurismo acérrimo de una parte (declinante) del exilio cubano– en la ceguera con que todavía muchos sectores progresistas del mundo no cesan o no han cesado del todo en su apoyo a ese despotismo no ilustrado en que se ha transformado la revolución cubana, escudándose en lo que Yoani Sánchez ha bautizado como «el Mito».

Sánchez, hablando desde su experiencia personal como Ilustrada y vocera de oposición dentro de Cuba, resume la escena:

Cuento de los actos de repudio, las detenciones arbitrarias, los fusilamientos de la reputación y de una nación en balsa que cruza el estrecho de La Florida. Les hablo de las familias divididas, de la intolerancia, de un país donde el poder se hereda por vía sanguínea y nuestros hijos centran sus sueños en escapar. Y entonces llegan todas esas frases que he oído cientos, miles de veces: «pero ustedes no pueden quejarse, tienen la mejor educación del continente», «sí, será así pero no puedes negar que Cuba se ha enfrentado a Estados Unidos por medio siglo», «bueno, no tienen libertad pero salud pública no les falta»... y un largo repertorio de otros estereotipos y falsas conclusiones sacadas de la propaganda oficial. La comunicación se ha roto, el mito se ha impuesto. Un mito alimentado por cinco décadas de distorsión de nuestra historia nacional. (Sánchez 2013: en línea)

Yoani *dixit*. Y yo digo: el fin no justifica los medios. En efecto, el Apátrida conviene en que es difícil explicar «la situación» a los que viven más



allá de esas aguas tiburónicas. Pues explicar la Revolución a los taxistas, como lo ha intentado infructuosamente un colega (véase Prieto 2009), no es menos desafío que explicarla a los intelectuales, que son un lote de gente complicada aunque quizá, hoy en día, menos díscola que los taxistas. Éstos, al menos, como los herederos de Eliseo, tienen todo el tiempo en su paradójicamente móvil y a la vez estacionaria profesión. Pensar es quizá su actividad natural, pues todo lo demás es mecánico, automáticamente asumido. Como el peripatético arcaico, el taxista discurre sin parar (o parando) para el otro, es decir, para el cliente. El *H*intelectual *H*internacional sujeto a dogma partisano o partidista ha dejado de pensar y *H*abla para la *H*istoria: o sea, para nadie. Y el auténtico intelectual de la Isla –el Ilustrado– casi ha dejado de existir como tal, virtualmente anulado por la política de Estado.

*Flashback.* 1966. París. Una Apátrida vislumbra su pasión latinoamericana a la vez que se fascina con las teorías de vanguardia y emprende su educación sentimental. Despierta a la intelectualidad, a la filosofía, a la política. Descubre el vertiginoso placer de la libertad (de arbitrio, no de mercado), entusiasmada por la Revolución, por las revoluciones, los Beatles, la *New Left*, el amor libre. A las puertas de la veintena se perfilan romances, ideales, viajes. Pero padece el estigma de la *gusanidad*: se la considera peligrosa, capaz de espiar y poner bombas. Cabe recordar que la palabra gusano fue utilizada por Goebbels para despersonalizar a los oponentes políticos o de clase y luego por Fidel Castro para denigrar a los exiliados y disidentes, considerados traidores. En *La metamorfosis* de Kafka aparece su equivalente alemán, *Ungeziefer*, epíteto que también se empleó, cómo no, para humillar a los judíos. Entonces, yo, Apátrida atrincherada en la Sorbona, quiero a Cuba y Cuba no me quiere, Cuba no me deja entrar a Cuba, mi país, para ir a cortar caña con las brigadas de estudiantes. Debo confesar que no me veo, ni me veía entonces, cortando caña: nunca ha sido lo mío. No se perdieron gran cosa sin mi mano de obra o, como diría (premonitoriamente) en su día España (y, *a fortiori*, en el día de hoy), más se perdió en Cuba. Como a esos otros jóvenes universitarios, era la aventura intelectual y política lo que me atraía, la solidaridad, el internacionalismo, la entrega. En cambio, USA me quiere

y entonces yo no. Quiero a Vietnam. Quiero a América Latina. Dato curioso: nunca antes me había identificado como latinoamericana, sólo como cubana (y luego como Apátrida). Es que antiguamente en Cuba éramos cubanos y punto (isla, agua). Y si acaso –los más pretenciosos, los más *nouveaux*– un poco «americanizados», que no americanistas. Nos sentíamos (estábamos) más cerca del Norte que de Latinoamérica, que sonaba lejana. Si no hubiera sido por Francia (paradoja del cosmopolitismo forzoso), esta Apátrida no habría adquirido conciencia latinoamericana (sino quedado presa del nacionalismo insular) y es posible que hasta habría perdido el dominio de su lengua materna, víctima de aculturación *express*.

Martí fue latinoamericanista en el sentido clásico de la palabra, el que también le dieron Bolívar y demás próceres de la independencia de los países hispanos del continente, pero en Cuba su mensaje redundó a la larga en un nacionalismo a ultranza, sumado a ciertas ínfulas de superioridad – la arrogancia de la pieza más mimada por «la madre patria», la guinda de su pastel, la hija predilecta que anhelaba independizarse pero *la cosa no iba y después sí* (Cisneros 1968: 11), solo para caer bajo el ala del águila estadounidense: una cercanía que, siendo problemática, le confería no obstante un prestigio y una exclusividad que las demás naciones americanas no tenían. La mirada exterior en Cuba era hacia el Norte y no hacia el Sur; el vecino más cercano geográficamente opacaba a todos los vecinos culturalmente más próximos. Recuerdo, a título de anécdota, que en un hotel de Buenos Aires, recién aterrizada en el entonces misterioso reino del exilio, había unas niñas en el *lobby* que me miraban. Yo les devolvía la curiosidad, pues había comprobado que entre ellas hablaban un idioma raro. Aguzaba el oído pero no entendía nada... Resultó que eran peruanas y hablaban castellano. La vocación americanista de Martí no echó raíces en Cuba. Será por la maldita circunstancia del agua y la maldita circunstancia de la madre patria y la maldita circunstancia de las 90 millas que nos acercan al gigante del sombrero de copa y el gran dedo índice.

En cambio, el Apátrida acusa un cosmopolitismo agudo, destino fatal de los cubanos del exilio «histórico» y, posteriormente, por los de la diáspora que se propagó con las sucesivas oleadas migratorias a partir de las crisis del Mariel y del período especial. En uno de sus libros, el

Exislado Iván de la Nuez analiza la fascinación de la izquierda mundial con el castrismo desde la perspectiva de un «hijo de la Revolución», integrante de la generación del Hombre Nuevo. Este «sujeto nacido en (y para) el comunismo» (Nuez 2006: 112), que pudo aprovechar la súbita descolocación general causada en la zona de influencia soviética por el desplome del Muro de Berlín para saltar barreras (mejor dicho, fronteras, o más bien, en su caso, el ancho mar) y caer en alguna capital extranjera, como el D.F., reivindica el hecho de tener una experiencia cosmopolita (envidiado por los «estalinistas tropicales») y «vivir, trabajar, implicarse y crear en ciudades diversas» como París y Miami, Nueva York y México, Moscú y Barcelona (Nuez 2006: 120-121). Su postura, reconoce, es por tanto más irónica que melancólica, puesto que no conoció otra realidad en Cuba y no duda de su preferencia por el destino que a la larga ha sido el suyo. Por su parte, haciéndose eco de otros que como él enfrentaron la prohibición de viajar a eventos culturales pese a contar con invitaciones oficiales de instituciones o gobiernos, Rolando Sánchez Mejías afirma que «el viaje, en nuestro país, es más un *trauma nacional* que un simple expediente legal y topográfico» (1996: en línea). En su mayoría, esos escritores han terminado saliendo del país y viven ahora en lugares como Madrid, Berlín, Praga o Santiago de Chile, incorporados a la diáspora exponencial. Por su parte, Jorge Luis Arcos observa que a partir de la década del noventa, con la eclosión diaspórica, el viaje «ha llegado a ser sinónimo de libertad, lo que solo ocurre en contextos sombríos, totalitarios, cerrados. Curioso también que la isla utópica o paradisíaca haya devenido su reverso; infierno de donde escapar». Y concluye, acertadamente: «El exilio es siempre una fatalidad, la diáspora una aventura del espíritu. Aventura dolorosa sin duda» (Arcos 2007: en línea). Tal vez por eso, el Apátrida, hijo del exilio prolongado, se debate (inútilmente) entre la impotencia y la nostalgia, entre lo que habría que hacer y lo que, sospecha, nunca podrá hacer (restablecer el lugar común, una comunidad basada en el derecho a la diferencia), entre un pasado robado, un presente desterritorializado y un futuro finito, evanescente. Entre el impulso a maldecir a los Déspotas y sus dinastías y la quimera de reunir potencialmente en el suelo común a todos los Letrados e Ilustrados dispersos de esa Isla a la deriva, la Isla sin peso.

*Flashback.* 1970. Valparaíso. Yo: atípica siempre, contra la corriente, inclasificable. Me mudo a Chile para encontrarme con mi propio conjetural, no borgeano, *destino sudamericano*, participar en la construcción de una sociedad más justa por la vía democrática, tener la opción que no tuve en Cuba –y que Cuba en definitiva no tuvo–, procurármela deliberadamente. Una decisión trascendental, tremenda. Chile: un amor, un idealismo, un salto al vacío. La euforia de esos primeros meses tras la victoria de Salvador Allende me recordaba la utópica gesta parisina de sólo un par de años atrás. Pero la época –guerrillas, guerras grandes, guerra fría– era de secretas o flagrantes injerencias de la CIA, la ITT y otros poderosos brazos del Gobierno estadounidense en América Latina. Tal como se temía, hay golpe militar en Chile, atroz dictadura, exilio para muchos y, para mí, un segundo éxodo de signo políticamente contrario al primero. De regreso *a casa*, en Nueva York, me vuelco a la lucha contra la dictadura pinochetista. Por esa misma época transcurría en Cuba el quinquenio gris, cuyas repercusiones se harían sentir durante toda la década del setenta, y mi temprana adhesión a aquel proyecto que había prometido salvarnos de otra dictadura (batistiana) se iba tornando cada vez más crítica en vista de la restricción de la libertad de expresión, la intimidación de los intelectuales (el caso Padilla) y la creciente soviétización de todos los ámbitos de la vida nacional. Se cruzaron en el tiempo que me tocó vivir dos posiciones, ambas de carácter políticamente acomodaticio: por un lado, el apoyo dado por la izquierda opositora chilena al régimen totalitario cubano, pese a que Chile padecía una cruenta dictadura militar; y, por otro, la posición de la mayor parte del exilio cubano, opuesta a los defensores de la democracia en Chile y simpatizante de la dictadura de Pinochet pese a ser víctima de la dictadura castrista. En mi habitual convivencia con la aporía, me solidarizo con las fuerzas democráticas chilenas y a la vez rechazo el vuelco totalitario dado por la Revolución cubana.

Más allá de todo matiz, hay que reconocer que el mínimo común denominador que une a los que se niegan a la evidencia dictatorial es la admiración por el dirigente criollo –léase caudillo– que en su día sedujo a medio mundo y no sólo osó desafiar al coloso del Norte, sino que lo hizo *con éxito*. Y esto último es precisamente una cuestión (improcedente,

dice el Apátrida) que divide ahora mismo a ciertos grupos de cubanos dentro y fuera de Cuba con respecto a si apoyan o no la reanudación de las relaciones diplomáticas y el levantamiento del embargo por los Estados Unidos: la de quién ha derrotado a quién, de quién es la victoria y quiénes se beneficiarán con las eventuales ventajas. Sin embargo, es indudable que estas nuevas perspectivas de la saga cubano-estadounidense tienen una trascendencia que rebasa las ventajas que esos cambios podrían suponer para los cubanos, pues de hecho constituyen el fin del maniqueísmo de las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos, aunque no del discurso dual de los Hermanos Siameses, que continúan dando al mundo su fachada reformista y su diatriba beligerante. Pues en la era pro-diplomacia y post-embargo el Déspota Chico no ha hecho sino recrudecer la represión mientras dirige su media sonrisa hacia Washington. ¿Le pondrán condiciones? No hay que hacerse ninguna ilusión, dice el Apátrida: de partida, la palabra «condiciones» no figura en el vocabulario diplomático. Por otra parte, el discurso múltiple de la cubanía regada por el mundo, incluida la Isla, llega a ser cacofónico. Pues como siempre, lo cubano es no estar de acuerdo. Lo cubano es mostrar su arista, el personalísimo matiz irremplazable: ser único, detentar la verdad. Como aquellas incontables estrellas en el cielo del tiempo intergaláctico, sus posturas habrán brillado un instante con luz propia para quemarse en su propio fuego. Y dejar un agujero negro.

La transformación del enemigo en interlocutor y socio comercial y la consiguiente pérdida de credibilidad del discurso antimperialista como punta de lanza del régimen cubano representan también el declive no solo del Mito, sino de la propia revolución como proyecto político, al convertirse en un hecho histórico consumado y dejar de ser un ideal en vías de realización. Sin embargo, ello no significa (aún) el fin de lo que (aplicando el mismo giro lexical utilizado para describir las anteriores dictaduras cubanas, «Machadato» y «Batistato») el Apátrida llama el «Castrato». Más bien, en palabras de un connotado historiador y politólogo latinoamericano, «lo que ahora se inicia es una difícil “transición hacia la transición”» (Mires 2015: en línea). En efecto, el Apátrida (siempre escéptico) teme que, en los tiempos que corren, la Isla se enfrente a una situación de invalidez material y anímica y su población e instituciones

difícilmente estén en condiciones de asumir con ecuanimidad y lucidez un desafío de esa magnitud. En su empeño por saber más, consulta a otros expertos de diversa especie y queda bastante espantado con lo que lee, confirmándose sus temores: que (no conformes con la desaparición de los intelectuales) «en Cuba no hay ciudadanos», hay un «quebranto moral», «todo es disimulo, fingimiento...» Y, para colmo, que «el daño ético que ha sufrido la sociedad cubana también está presente en la disidencia. El caudillismo es un mal que nos toca...» (Olivares Baró 2015: en línea). Y la hipocresía es otro, replica el Apátrida, pues todavía hay quienes vociferan contra el levantamiento del embargo a la vez que ya se aprestan a sacar provecho de él. Y a todos éstos dedica una sarta multilingüe de proverbios: *They want to have their cake and eat it too. On veut le beurre et l'argent du beurre.* No se puede tener la chancha y los cinco reales. Con todo –le espeto yo– esa compuerta levadiza dará entrada asimismo a hambrientos tiburones de otros mares, que a la larga conseguirán, no lo dudes, la chancha y también los cinco reales.

Basándose en sus pesquisas, el Apátrida postula que en Cuba la deriva de la Revolución de 1959 hacia el comunismo y la dependencia soviética fue un notorio *no dicho* fundacional cuya repercusión invadió subrepticamente todos los resquicios del país, desde el interior de los muros cada vez más ruinosos de las ciudades y las formas de vida que transcurrían entre ellos hasta el aliento añejo y la palabra opaca de sus líderes. *Lo indecible*, la acallada realidad cotidiana de esa revolución, se expresaba hasta hace muy poco sólo con gestos: el índice sobre la boca, como en el cuadro liminar de la serie «Muda elocuencia» de Alejandro Häsler (formando –ojo, incautos– con el pulgar, una L que se ha transformado en signo material de la falta de L), o los cinco dedos acariciando la barba inexistente del (o de la) hablante. Esa fijación afásica –con la resultante cultura popular de autocensura anclada en lo indecible– era el mecanismo que debía encubrir la pobreza, irradiante o no, y el atropello a los derechos civiles de un pueblo necesitado sobre todo de buena gobernanza. A partir del período especial, el surgimiento de una incipiente disidencia interna hizo que esa estrategia oficial de lo no dicho empezara a mostrar abiertamente sus contradicciones. Frente a la mala fe de lo no dicho en las cumbres del poder y a las carencias diarias de los no atentos al «murmullo subliminal

del Estado» (Sánchez Mejías 1996: en línea), expresar lo indecible contra viento y marea –vale decir, contra censura y represión– es la bandera que la población no muda ha comenzado a enarbolar poniendo a circular su realidad en la calle y en el ciberespacio, exponiéndose a actos de repudio y violencia que deberían remecer la conciencia de aquellos, adentro y afuera, que aún no se atreven a desvincularse del Mito. El Apátrida dice todo esto con pena, pero lo dice. Vale decir. Vale la pena decirlo. Aunque sea indecible.

*Flashback.* 2015. Aquí y ahora. Se escucha al Apátrida que, al parecer, habla solo, o quizá a otro Apátrida (el Otro, el Mismo): ¿Y la tuya? ¿No apoyaste tú también de buena fe la Revolución mientras lo avaló *tu* conciencia? ¿No éramos pluralistas? ¿No tienen derecho a pensar libremente los que todavía defienden ese proceso agónico o simplemente se allanan a él por conveniencia o miedo? ¿Vamos a aplicar el doble estándar que le criticamos al Déspota Bipolar? En efecto, se llega a un punto en que uno ha de cuestionarse todo lo que piensa, dice o escribe, como manda la auténtica crítica. El Apátrida reflexiona. Relee. Borra. Corrige. Aclara. Responde por allá claro que sí, responde por acá desde luego que no. Una cosa son los Famélicos empeñados en *resolver* lo mejor posible el día a día. Pero ¿cómo considerar a los que se han erigido en gestores inamovibles o en violentos vigilantes de una dictadura que ha dividido y sometido a un pueblo en aras de un modelo ideológico que no supo –y no quiso– aplicar en aras del bien común de toda la nación y que ya no es más que voluntad de poder (y terror a perderlo)? ¿Enemigos o ex amigos? ¿Cómplices u oportunistas? ¿Victimarios o víctimas? ¿Asustados? Precavidos. Cómodos. Cansados. Cautivos. *Pobres diablos*, se decía allá de los débiles de espíritu. El Apátrida suspira hondo: ¡oh desdichado pueblo de Letrados e Ilustrados, *mes semblables, mes frères!*

Es urgente reconocer que ha llegado la hora, a 23 años del Encuentro de Estocolmo, de una «reconciliación en diversidad», al menos de principio, de y entre todos los Famélicos que han vivido en carne propia el desgaste social y político y la decadencia económica de un país que, sin ser perfecto, fue próspero y pluralista, y todos los Apátridas que al partir

se abocaron a una vida –o, sin saberlo, a una muerte– en lejanía. Es la hora de la comprensión y compasión para con los que, acá o allá, no hayan matado o reprimido (por ende, hasta para con Cintio), así como para con los que al emprender el propio período especial del exilio dejamos solos, en desventaja numérica e ideológica, a nuestros compatriotas; para con los que, allá o acá, esperamos inertes o cómodos la debacle o el milagro sin hacer nada por promover un cambio real. Así las cosas, ¿quién puede erigirse en juez del otro? Habrá que escarmentar y amar más la libertad, la propia y la ajena. Revivir en cada cubano libre el espíritu (sueco) del Encuentro de Estocolmo. Y en la etapa en que estamos, apostar por que la «moda Cuba» y la apertura económica no sean demasiado devastadoras (en el otro sentido, el del totalitarismo de la Banca, la Técnica y el Mercado).

A la luz del futuro perfecto, cuando la Isla se haya repuesto de su colapso (pasajero, a la luz de la eternidad, y acaso necesario), el Apátrida habrá perdido su lugar común hasta el fin de sus días y ojalá no tenga, como tal, otra oportunidad sobre la Tierra. El Exislado diaspórico habrá esparcido sus genes por todos los rincones del mundo –ojalá mejorando el genoma nacional– y dará lugar a una serie de nuevas etnias cubanas-con-guión, inauguradas, al menos sobre la página, por Gustavo Pérez-Firmat (1994). Así, por ejemplo, los descendientes de Apátridas, Exislados y Famélicos tendrán estatuto de cubano-sueco, cubano-argentina, cubano-belga o cubanorrusa (que a veces se pierde hasta el guión, como manda ahora la voluble Real Academia), tal como en otros tiempos se decía –por razones típicamente colonialistas–, imperio austro-húngaro, humor franco-canadiense, aristocracia castellano-vasca, cultura chimú-mochica, relaciones indo-británicas. El exilio-como-período-especial ha dejado de existir y si hemos de crearle a Orlando Luis Pardo Lazo, Apátrida cubano-islandés, somos ya *todos* parte de un exilio sin exiliados, vamos siendo poco a poco biología sin biografías, cubanos cadáveres de un borrón y cuenta nueva que está por escribirse. Por mi parte, antes de quedar borrada en alguno de esos estados virtuales, borro autoritarismo, borro corrupción, borro personalismo, borro lengua de trapo, borro represión, borro doble estándar, borro cinismo. Escribo Libertad, escribo Amor, escribo Basta.



El Apátrida vuelve, insiste, interrumpe. Que si el placer, *après tout*, es el motor consustancial del cubano (¿y qué es eso, «el cubano»?); que si la gozadera, la *joie de vivre* (tú sigues insufriblemente afrancesado, chico) es justamente lo que desean todos los taxistas e intelectuales y la gente normal que va a Cuba, que no conoce el imperativo categórico de Kant ni los escrúpulos de Adorno (no me vengas con la *kantaleta* otra vez); que si la motivación ya no será la necesidad sino... ¿Una ética del placer? ¿Una estética ética? O un hedonismo económico, o epicurismo histórico, o materialismo ecléctico: el vital, el carnal, el sexual. ¡Abajo los héroes y los cónsules! exclama ya fuera de sí el Apátrida, prendido a la razón libertaria (que no libertadora, como en «gesta»). Y, una vez más, acaba rendido al sueño: levita, oye voces, ve un puerto, un crucero, mujeres de pamea que desfilan por el Paseo del Prado, sobrevuela la mítica librería de O'Reilly y qué divisa desde el cielo, junto a Letras Cubanas y Unión, Azoteas y Torre de Letras, Ediciones Vigía y Editorial Matanzas: todo el catálogo de Almenara, Bokeh, Verbum, Baquiana, Colibrí, Betania, Linden Lane, Aduana Vieja, Universal, Efor y Atocha, Ollantay, Verbo(des)nudo, Deleatur, Iduna, La Torre de Papel, La Gota de Agua, Plaza Mayor y Pliegos, las revistas *Escandalar* y *Enlace* y los 54 tomos de *Encuentro de la Cultura Cubana*<sup>7</sup>. Cuando, descendido, ya salía de allí tarareando *Vereda tropical* despierta sobresaltado al timbre de su celular, que llama de Austria.

*Flashback*. 2015, finales de la canícula. Hablando de antros de placer, vengo llegando del Festival de Salzburgo y corro a terminar este ensayo. Es increíble cómo la ópera siempre me aclara la película. Y el azar concurrente lezamiano, que no falla. Ayer, para cerrar la temporada, *Ifigenia en Táuride*, ópera de Glück con libreto en francés e inspirada, por vía de otras Ifigenias del siglo XVIII, en la tragedia de Eurípides (414 a.C.). En un sórdido recinto de palacio (en este caso lo atroz fue la *mise-en-scène*) mora Ifigenia, cautiva de Toante, rey de los escitas, y convertida por éste en verdugo de todo griego hecho prisionero por sus tropas a fin de saciar

---

<sup>7</sup> Editoriales y revistas impresas de la Isla y del exilio cubano, entre otras.

la ira de los dioses. Fue inmediato: ese espacio polvoriento y gris, esa escenografía siniestra se me hizo Cuba, la Cuba devastada, violentada, cautiva<sup>8</sup>. Allí a la exquisita Cecilia Bartoli le habían segado su melena y la habían vestido con uno de esos *jogging pants* con tres rayas blancas a lo largo de sendas costuras laterales... que no podía sino recordar la ubicua chaqueta deportiva de un tiranosaurio en retiro. Ifigenia tiene que ajusticiar a los dos griegos recién apresados pero algo la retiene, un sentimiento solidario, un vínculo patrio y más, un vínculo de sangre, en especial con uno de los dos... Decide liberar a ése, pero el otro insiste en que sea él la víctima y esta voluntad se impone. Cuando Ifigenia está a punto de dar muerte al prisionero él la nombra y ella lo reconoce: es Orestes, su hermano. Este reconocimiento mutuo los condena a ambos a ser sacrificados por el tirano, que a su vez empuña el arma para matarlos cuando de pronto es derribado por Pílates, el amigo prófugo, que actúa con la anuencia de los dioses. Vuelvo lentamente en mí: estamos no en Cuba sino en la Grecia antigua.

En este instante sólo resuena en mis oídos la voz de Ifigenia, adelgazada por la duda y el terror; sólo reluce el cuerpo desnudo de Orestes, encarnado por el atlético Christopher Maltman, erecto y luego arrodillado en la sábana blanca extendida a guisa de altar sobre el suelo mugriento. Imagino ahora que esa voz incapaz de ajusticiar, llamada a perdonar, y que ese cuerpo fraterno a punto de ser abatido, salvado por una mano pródiga, son la voz y el cuerpo de Cuba. Comprendo que sólo el restablecimiento del cuerpo íntegro de la nación por medio de la reflexión crítica –la voz de la conciencia y del corazón– y de la catarsis purificadora –la que ilumina la necesidad de reunificar el cuerpo amenazado y de restañar las heridas promoviendo el fin del odio y la violencia como sanación– nos permitiría llegar a expresar lo indecible y desterrar lo no dicho y quizá así recuperar un día aquel soñado y añorado *lugar común*, aunque sólo fuere para los nuestros que vendrán. En la duermevela luminosa que precede a mi despertar, unas palabras retumban en mi

---

<sup>8</sup> Ya en el poema «Viena, Domingo de Ramos» –en *danubiomediterráneo / mitelmeerdonau* (2005)– la autora había encontrado a Cuba en el escenario tropical de un invernadero en el palacio imperial de Schönbrunn. Véase, sobre la idea de Cuba como escenografía, Nuez 2006: 119.

mente como aquellos tambores de mi sueño cubano-africano: restañar el cuerpo mutilado de la nación. Pero los Hermanos Siameses siguen ahí, cada uno en su personal infierno cotidiano, reprimiendo con violencia y dando la otra cara, la cínica, al Presidente, al Empresario, al Pontífice.

En cambio, todos y ninguno de nosotros, Apátridas y Famélicos, somos culpables, y esto es lo que nos salva. Estamos ante la aporía, la puerta angosta.

Ifigenia es la llave. La mano, el golpe de los dioses.

Viena / Santiago de Chile, diciembre de 2015